

SILVIA INES IRICO

27/09/2016

### **“HIJOS DEL RIGOR O CONCIENCIA PLENA”**

En todo ámbito de nuestra vida existen reglas, normas, leyes o códigos de ética que deben cumplirse, ya sea en nuestro entorno social, en el trabajo, en instituciones educativas y hasta en el propio hogar. Somos un conjunto de personas que vivimos en una sociedad, por lo tanto debe existir un trato cortés, de solidaridad, de respeto mutuo, de respeto por la vida propia y de la del otro, para una mejor convivencia humana. Desde niños fuimos educados en valores y costumbres, en aquello que podíamos o no podíamos hacer, y fuimos aprendiendo desde la propia experiencia, con los aciertos y las equivocaciones, a reconocer y aceptar aquello que estaba bien o estaba mal. Estos valores, que nos fueron inculcados y que reconocimos como tales, quedaron inmersos en nuestra vida como seres humanos y son elementos esenciales que nos ayudan a actuar frente a la vida y a la sociedad.

Las leyes están impuestas y señaladas y en el caso de no obedecerlas ni ejecutarlas existe una serie de sanciones que van desde la multa hasta la cárcel. Las mismas ordenan la sociedad para alcanzar el bien común, con igualdad y respeto para todos. Pero existe una característica invaluable que es la libertad del individuo lo cual no implica privarse de las normas ni de las conductas a seguir, por el contrario, es establecer pautas justas y claras que permitan que todos los seres humanos se desarrollen con igualdad en el mundo. La libertad de cada persona y el respeto al prójimo son las bases sólidas que todo grupo humanos debe forjar en la sociedad para construir un mundo y un futuro mejor. Sin ellas el mundo sería un verdadero caos lo cual impediría el crecimiento y el desarrollo armónico de la sociedad y la posibilidad de vivir una vida feliz y productiva como ciudadanos.

Es muy difícil modificar la mentalidad y la forma de pensar y de actuar de las personas, sin embargo se hace imperativo la necesidad de un cambio cultural. La sociedad debe modificar algo de su sistema de valores, sociológicamente hablando, quizás este cambio provenga de un proceso de concientización más severa y de una educación más comprometida. En el transcurso de estos últimos años se ha efectuado una fuerte campaña en pos de la toma de conciencia de la necesidad de cumplir con las normas de seguridad y el respeto por las normas de tránsito, los controles de alcoholemia, del consumo de drogas, la prohibición de fumar en lugares públicos, el uso del celular mientras conducimos y muchas otras relacionadas con otros aspectos. Si bien en la mayoría de los casos la gente ha reaccionado positivamente a las reglamentaciones, buscando construir una sociedad donde se protejan los valores que se consideran importantes para la vida, tales como la seguridad, la

propiedad privada, la integridad física y la salud, necesarios para vivir ordenadamente y en armonía, aún existen personas que demuestran cierta instintividad evasiva ante el deber. Sentimos que muchas de esas leyes coartan nuestra libertad, por lo tanto reaccionamos de manera indiferente, buscando el desafío permanente de un control o una multa, vivimos instalados en la queja o el mal humor, la culpa, el sentirse discriminado, contextualizando todo en términos de la cultura de la que formamos parte y que condiciona nuestras actitudes y comportamientos en determinadas situaciones que se nos presentan. Por otra parte, ante el fracaso del estado como garante de la seguridad, ha provocado reacciones por parte de algunos habitantes a causa de la inseguridad por la falta de controles, justicia por mano propia o violencia pública y que en todo caso es responsabilidad del estado garantizarla.

Todo esto me lleva a la conclusión de que somos hijos del rigor. El problema viene cuando necesitamos adaptarnos a grandes cambios y es entonces cuando sentimos que el mundo se nos viene encima, no sabemos cómo gestionar esos cambios, y nos angustiamos, nos estresamos, nos enfadamos, nos peleamos y nos convertimos en seres infelices e ineficientes. O hacemos caso a nuestra conciencia desde el primer momento respondiendo a nuestros valores o esperamos a que después de una inacción, negligencia u omisión nos acarree inevitables consecuencias que sabíamos de antemano surgirían, poniendo a prueba la suerte y en peligro innecesario la vida. Sólo cuando tenemos la soga al cuello nos disponemos a cumplir las reglas, ante la inminencia de una multa, un castigo, una sentencia, condena o cualquier tipo de reprimenda correspondiente. Las medidas y los controles de rápida acción deben ser complementadas con otras medidas de largo plazo que involucren la concientización plena y la educación en temas de seguridad, el respeto por el otro y el amor a la vida, en una palabra, que podamos aprender a vivir en sociedad como personas civilizadas, amables, sensatas y respetuosas.